

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Enrique Agüera Ibáñez
Rector

José Ramón Eguibar Cuenca
Secretario General

Pedro Hugo Hernández Tejeda
Vicerrector de Investigación y Estudios de Posgrado

Rosa Graciela Montes Miró
Directora General de Investigación

Raúl Dorra
Director del Programa de Semiótica y Estudios de la Significación

Primera edición: enero de 2012

ISBN 978-607-487-414-3

© Programa de Semiótica y Estudios de la Significación (BUAP)
www.semiotica.buap.mx

© Teoría Crítica y Psicoanálisis, A.C.
www.17.edu.mx



Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

Presentación	
Pensar el acto de lenguaje / Raúl Dorra	9
Agitaciones de la esquicia	
Luisa Ruiz Moreno	25
La ausencia: una forma de esquicia	
María Isabel Filinich	65
El mundo en la totora. La esquicia creadora en el escenario de una copla popular	
María Eduarda Mirande	93
Bajo el dictado del otro: inspiración y alteridad en la enunciación poética	
Verónica Estay Stange	127
Entre el sujeto y el lenguaje poético: enlaces	
Guillermina Casasco	157
Enunciación, esquicia y paradojas de la presencia. A propósito del Síndrome del X frágil	
Denis Bertrand	179
“Ahí afuera, aquí adentro”	
María Luisa Solís Zepeda	195
Esquicia: gestualidad y encarnación pictóricas	
Iván Ruiz	215
Balancé y recapitulación, a cargo de Raymundo Mier Garza	239

**Sobre el concepto de “esquicia creadora”:
contribuciones a la reflexión teórica y estética
de una semiótica de la enunciación**

Raymundo Mier Garza

*There is a crack in everything
That's how the light gets in.*

LEONARD COHEN

1. VISLUMBRAR LA GENEALOGÍA DEL CONCEPTO DE ESQUICIA
EN SEMIÓTICA

La reflexión sobre el lenguaje y sobre la significación insistentemente ha puesto el acento sobre el carácter discreto de sus unidades y su conformación estratificada. Esta estratificación hace patentes lógicas y dinámicas diferenciadas que participan en la conformación de los distintos momentos del acto de lenguaje, acto que no es sino la realización específica, completa del régimen complejo de la significación. Esta estratificación incorpora, no solamente entidades, sino relaciones de distintas calidades y naturaleza, que revelan condiciones de regulación y de composición diferenciadas.

El pensamiento contemporáneo sobre el lenguaje, que encuentra su momento de constitución e irrupción con Wilhelm von Humboldt, comienza con un ahondamiento de la reflexión sobre las distintas modalidades de regulación que intervienen en el acto de lenguaje, la condición de autonomía de esta calidad relacional

de las entidades del lenguaje que, por otra parte, no solamente despliegan clases distintas de significación sino reclaman relaciones a un tiempo específicas y multívocas.

La reinvención llevada a cabo por Saussure, de lo que él llamó la filosofía de la lingüística señala, acaso, con un mayor énfasis y delimitación analítica estas estratificaciones heterogéneas del lenguaje. Señala también regímenes que sustentan su articulación, y dinámicas de composiciones de las relaciones entre las entidades discretas del lenguaje. Esta perspectiva asumió y apuntaló aún más la comprensión de una significación objetivada y conformada en ordenamientos funcionales y relacionales más allá de la incidencia de la subjetividad y sustentada en una forma singular de la institucionalidad entendida como una trama virtual de entidades extrañas a la historicidad de lo social, aunque capaz de engendrar, a partir de su propio desempeño y realización, las tensiones destinadas a conformar su propia transformación y su propia historia. Una segmentación interna a este régimen a un mismo tiempo virtual y objetivo de relaciones constitutivas de la significación involucraba dos facetas dinámicas: una capaz de preservar los ordenamientos virtuales, simultáneos de todas las entidades participantes en el lenguaje, y otra capaz de ordenarlos, secuencialmente en series sometidas a concatenación temporal. Una formalización ulterior dio lugar a asumir los ordenamientos virtuales simultáneos como una composición de clases, algunas claramente reconocibles como dominios sistemáticos, otras de contornos indeterminados, redes relacionales abiertas, dominios destinados a contraer o suspender relaciones con otros términos, a integrar nuevas tramas de relaciones con entidades antes desarticuladas; con esa misma perspectiva, se asumió que los ordenamientos realizados, enlazados serial y secuencialmente en una concatenación discontinua desplegaban una composición también estratificada. La estratificación del lenguaje se revelaba así, extraordinariamente amplia en sus capacidades de composición, pero también capaz de preservar, para

cada uno de los estratos calidades, modalidades de relación, y potencias variadas de ampliación, integración o restricción de su dominio relacional.

Una contribución decisiva con una orientación analítica y formalizante propia surgió del trabajo de Louis Hjelmslev que sustenta, como elementos cardinales de su descripción semiótica, cuatro estratos, nítidamente diferenciados pero relacionados entre sí. Diferencia y vínculo señalan la forma específica de composición de esos estratos que permiten, en primer lugar, distinguir entre la faceta objetivada de los signos dispuesta ante la percepción —expresión—, y la faceta que, guardando una estrecha correspondencia con ella, se asume como la contraparte conceptual —contenido—. Esta estratificación constitutiva del régimen de significación, reclama a su vez otra estratificación forma y sustancia. Se trata así de una composición de estratificaciones en una secuencia lógica, pero es preciso advertir una diferencia significativa: mientras que la estratificación entre expresión y contenido asume una calidad conceptual equiparable entre ambos términos y una relación de presuposición recíproca entre ellos, la que se establece entre forma y sustancia es asimétrica y jerárquica; más aún, hay una inconmensurabilidad dinámica entre ellas. Mientras que expresión y contenido revelan procesos de objetivación, implantación y reconocimiento generalizados que experimentan conjuntamente sin quebrantar su vínculo, forma y sustancia revelan un vínculo genético: la forma, derivada estrictamente de su constitución en clases relacionales, jerárquicas y funciones, que definen la naturaleza tanto de la expresión, como del contenido, da lugar al surgimiento de fisonomías explícitas que emergen de la incidencia de las exigencias dinámicas de la forma sobre la disposición potencial de la materia —en el caso de la expresión— o del sentido —para el caso del contenido. Más aún, esta incidencia de las exigencias dinámicas de la forma puede dar lugar a una pluralidad de sustancias y no determina causalmente una disposición única de los elementos sustanciales.

No obstante, el carácter múltiple de las distinciones inherentes al desempeño semiótico —que remite a clases, jerarquías y regímenes específicos de sus vínculos— y las formas de segmentación interna del ámbito relacional del sistema lingüístico en cuatro estratos no agotan el espectro de segmentaciones que da su fisonomía al desempeño semiótico. Hjelmslev introduce otro régimen de segmentación, irreducible al proceso interno de diferenciación y composición entre estratos y que revela una segmentación ulterior, compleja, propia del estrato de la sustancia. Hjelmslev señala esta relación entre sustancia y nivel, articulados a partir de la naturaleza singular de cada uno de ellos. Los niveles se despliegan según un sistema propio, autónomo y de alcances universales instaurado también como una jerarquía articulada a partir de un nivel central. Los sistemas de fractura, dependencia y autonomía entre ellos definen el sentido de la sustancia en ambos estratos centrales: la expresión y el contenido. Más aún, el sistema de los niveles revela una articulación y una autonomía tanto con los procesos sociales fundamentales de creación colectiva de las significaciones, como con las determinaciones corporales perceptivas y afectivas, conscientes e inconscientes —es decir, las *formas de vida* (Wittgenstein)— que imponen sus propios marcos y limitaciones a la caracterización y articulación jerárquica de las sustancias.

Esta multiplicidad de fragmentaciones, segmentaciones y conformación de entidades sintéticas y analíticas en el régimen semiótico, sin embargo, reclama de una articulación y una diferenciación constitutivas aunque no determinada por el sistema semiótico mismo. El sistema semiótico tiene que realizarse a partir de un acto que lo pone en juego. Este acto es, como todos, constitutivamente dialógico. Deriva de la acción de otro y está orientado hacia el otro. De esta doble tensión, que compromete al mismo tiempo otras presencias y acciones situadas en tiempos, *tempos*, ritmos y condiciones diferenciados: un acto que antecede y otro que sucede, deriva una faceta esencial del ré-

gimen de composición propio del acto semiótico que enlaza la inscripción de los sujetos en el lenguaje con el régimen temporal de sus acciones. Pero otro rasgo, quizá no menos relevante es la naturaleza semiótica de la acción: actuar a partir de procesos semióticos sobre procesos semióticos, lo que instauro un movimiento reflexivo inherente a los procesos simbólicos. Todo acto semiótico es intrínsecamente una operación reflexiva del campo simbólico sobre sí mismo, a partir de la inscripción constitutiva del vínculo intersubjetivo. Esta composición de tensiones derivada de la condición dialógica del vínculo subjetivo y semiótico, de sus desplazamientos temporales, de la génesis y recreación incesante de sus identidades —sustentadas en afecciones experimentadas y expresadas, conscientes e inconscientes, asumidas en la carne o proyectadas como régimen interpretable— hace del acto semiótico, concebido en sí mismo, como una síntesis no determinada de incontables procesos de sentido.

Acaso este carácter no determinado del acto semiótico condujo a Saussure y al saussureanismo a atribuir al habla —al acto de lenguaje— un sentido irreducible a los principios epistemológicos de una explicación disciplinaria, aunque constitutivo de la experiencia individual y colectiva del lenguaje. Revela el carácter segmental inherente al régimen semiótico. Éste, en efecto, está constituido a la vez, por las formas objetivadas del ordenamiento sistémico dual, en que aparecen, por una parte, la virtualidad de la trama de relaciones entre entidades semióticas articuladas simultáneamente en clases abiertas y cerradas, y, por la otra, la virtualidad de su composición serial, concatenada, procesual realizada en las formas y expresiones semióticas tangibles, marcadas afectiva y pulsionalmente, surgidas del régimen de intersubjetividad propio del intercambio semiótico. Esta escisión es irreducible. Más aún, la dinámica de la aparición indeterminada del acto semiótico, a su vez, en la perspectiva de Hjelmslev, revela un conjunto de escisiones y estratificaciones interna que hace patentes formas de ordenamiento, lógicas y

determinaciones internas entre entidades en juego, modos de composición en tiempos, circunstancias y dinámicas propias. Así, Hjelmslev distingue: uso, acto, norma y esquema como facetas segmentales de la acción semiótica y de aquello que Saussure denominó “habla” que, en el marco de la glosemática participa como una categoría general del acto de lenguaje:

Es posible definir *habla* [*parole*] como el encuentro y el entrelazamiento de estratos. En efecto, el habla es, en último análisis, todo lo que es arbitrario en el lenguaje. El habla se define como el conjunto de relaciones interestráticas efectivamente ejecutadas.

A su vez, el *uso* es, evidentemente, lo que hay de estable en el habla. El uso se define como el conjunto de conexiones (cohesiones) interestráticas efectivamente ejecutadas. Las combinaciones que son variantes de conexiones interestráticas pertenecen al habla sin pertenecer al lenguaje. Constituyen, en otras palabras, lo que queda del habla sin pertenecer al uso. Es lo que denominamos *acto* lingüístico o semiótico.

A diferencia del uso, la *norma* debe ser el conjunto de relaciones interestráticas admitidas. El *esquema* semiótico (y lingüístico), por el contrario, es extrínseco a este orden de ideas: este término no se relaciona sino con las funciones intrínsecas en la forma de cada uno de los planos tomados cada uno en sí mismo.¹

Como se advierte, el esquema revela una fractura radical intrínseca en la dinámica misma del acto de lenguaje —el esquema designa el sistema formal de la lengua en su articulación compleja de estratos—, remite a la existencia potencial de elementos formales dispuestos en estratos autónomos pero compuestos funcionalmente, y cuya lógica intrínseca permanece al margen de los procesos suscitados en el acto de lenguaje. El esquema incorpora el efecto diferencial de los grados y modalidades del

¹ Louis Hjelmslev, “La stratification du langage”, en *Essais linguistiques*, Paris, Minuit, 1971 [1954], p. 75. [La traducción de este fragmento es mía].

entrelazamiento de los estratos, reserven o no grados específicos de cohesión interna. Por otra parte, norma, uso y acto derivan del entrelazamiento de los estratos operado por una instancia extrínseca al esquema semiótico —la intervención tácita de un agente de ese entrelazamiento que se expresa en el acto de lenguaje. Se hace patente, en la propuesta hjelmsleviana, el reconocimiento de una condición de estabilidad objetivada del estrato respecto de la dinámica del acto, el uso y la norma, derivada de la relativa y gradual estabilidad y cohesión interna del entrelazamiento entre estratos y de la incidencia también diferenciada de una instancia de la subjetividad. Mientras que en el uso y el acto, las particularidades de la significación de cada uno de ellos deriva de una incorporación cardinal de las instancias subjetivas, en la norma se habla ya de un régimen colectivo de objetivación y reconocimiento de la significación al margen de la subjetividad; el esquema radicaliza esta distancia respecto de la subjetividad al sustentarse sobre las propiedades formales de los estratos asumidos en su formación autónoma.

2. SHIFTERS Y ENUNCIACIÓN

La tensión entre las determinaciones estructurales del proceso de lenguaje y las singularidades de la significación surgidas del acto de lenguaje —asumido como el efecto conjunto de norma, uso y acto articulados en una tensión irreductible con las determinaciones potenciales del esquema—, encarada de manera relevante aunque casi espectral por Saussure, no cesó de reclamar respuestas divergentes en diversos autores, que orientaron la reflexión hacia distintos aspectos cardinales en esta tensión entre dimensiones articuladas aunque irreductibles una a la otra, del proceso de lenguaje.

Una primera aproximación surgió de una observación de Jespersen (1922) respecto de una modalidad particular de la significación en los pronombres. En efecto, la significación

de estos elementos del lenguaje no derivaba en absoluto de una condición estructural autónoma del régimen de relaciones del sistema semiótico, sino de una fuerza indicativa de estas partículas derivada de un modo de funcionamiento sistémico propio. La posibilidad de una significación “referencial” específica —el pronombre preserva, por supuesto, una cierta “significación” gramatical y morfológica, pero suspende toda relación conceptual y, sobre todo cualquier efecto “representacional” permanente. Por el contrario, en los pronombres personales, por ejemplo, la referencia *se desplaza* [*shifts*] de un sujeto del lenguaje a otro sin encontrar una referencia usual, ni estable, ni duradera; queda enteramente sometida a las dinámicas intersubjetivas del acto de lenguaje. Este incesante desplazamiento es el origen del término acuñado por Jespersen, *shifter*, pero involucra un aspecto de la significación no incorporado en las aproximaciones estructurales del lenguaje: su fuerza referencial o, como lo designó Hjelmslev, “adhesión indicativa”.²

La aproximación de Roman Jakobson, a pesar de su manifiesto alejamiento de la perspectiva saussureana y su inusual conjugación de perspectivas divergentes en la reformulación de los conceptos de Saussure, tuvo una incidencia notoria en la concepción de esta articulación indeterminada entre las estructuras relacionales estables, simultáneas, entre entidades del lenguaje —que denominó, en una particular concurrencia con la cibernética, *código*—, y las formas secuenciales, seriales, de combinaciones de signos —que denominó, desde esa misma perspectiva, *mensaje*—, derivadas o acaso engendradas por el código. Es posible reconocer en la visión jakobsoniana que el vínculo entre código y mensaje, dos entidades formalmente irreductibles entre sí, era menos una función que una *operación*: cada una de ellas actuaba sobre la otra. Este carácter operativo era recíproco: el mensaje era capaz de actuar sobre el código y el código

² Louis Hjelmslev, “La nature du pronom”, en *Essais, op. cit.*, 1937, p. 202.

era capaz de actuar sobre el mensaje. Jakobson asumió que el pronombre podía definir una modalidad de operación específica de la acción del mensaje sobre el código. Tomó la noción de Jespersen, pero transfiguró radicalmente su sentido. “Shift” designó entonces un desplazamiento, una fuerza de incidencia del mensaje sobre el código capaz de conferir a un significante vacío en el código un significado surgido de la composición serial y combinatoria del mensaje. El comportamiento referencial del pronombre, subrayado primero por Jespersen y luego por Hjelmslev, fue radicalmente redefinido en esta perspectiva, y se incorporó en el sentido atribuido por Jakobson a la deixis, que, a su vez, asumió en esa propuesta el modo de significación que Ch. S. Peirce asignaba a los índices, sólo que los pronombres conjugaban en un mismo proceso dos modos de ser de la significación inconmensurables, separados de manera irreductible: la significación indicial y la significación convencional; los *shifters*, señala Jakobson, “pertenecen a la clase de los símbolos indiciales”.³ Esta mirada puso en relieve la fuerza de inscripción de una figura de significación emergente del mensaje, referida deícticamente al contexto y asumida, de manera precaria, circunstancial en el código, pero sometida estrictamente a una definición general dictada por éste.

Se ha creído con frecuencia que la peculiaridad de un pronombre personal y otros *shifters* consiste en la falta de un significado único, constante y general. Para Husserl,⁴ ‘la palabra yo designa una persona diferente en cada caso y lo hace siempre mediante un nuevo significado’. Alegando esta multiplicidad de los significados contextuales, se trató a los *shifters* como meros

³ Roman Jakobson, “Shifters and Verbal Categories”, en *On Language*, Linda R. Waugh y Monique Monville-Burston (ed.), Cambridge, Harvard University Press, 1990 [1957], p. 388.

⁴ Edmund Husserl, *Logische Untersuchungen*, I y II, Hamburg, Felix Meiner Verlag, 1984.

índices (Bühler)⁵. Sin embargo, cada *shifter*, tiene su propio significado.⁶

No obstante, esta precariedad y el acontecer de esta inscripción se asumieron como rasgos relevantes del anclaje contextual del mensaje en la aproximación explicativa de Jakobson. Más aún, un rasgo fundamental ofrecido por Jakobson subrayaba la capacidad del mensaje para aprehender en su formulación misma —describiendo, significando— las condiciones contextuales en las que había surgido el “evento de lenguaje” constituido por el mensaje: el contexto de aparición de éste, su enunciación, podía ser significado en el mensaje mismo.

Una contribución oblicua a la reflexión surgió de una manera acaso involuntaria de este texto: emergió de los pliegues de la versión de Nicolas Ruwet al francés. En esa versión se introdujo un desplazamiento de sentido acompañado de peculiares resonancias metafóricas: Ruwet transfiguró el sustantivo *shifter* (lo que desplaza o se desplaza), derivado directo del verbo *shift*, sin ninguna particular marca de inscripción de sentido, en una figura arrancada del marco figurativo de la mecánica automotriz: embrague (*clutch*, decimos en México, preservando el término en lengua inglesa), referido al verbo “embragar”.⁷ Es evidente la extrañeza de esta metáfora al referir al régimen de relaciones y operaciones lingüísticas, que, en

⁵ Karl Bühler, *Sprachtheorie*, Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, 1965.

⁶ Roman Jakobson, *op. cit.*, p. 388.

⁷ Nicolas Ruwet inserta en la versión francesa del texto de Roman Jakobson la siguiente nota: “Hemos elegido este término (embrague: *embrayeur*) para traducir el inglés *Shifter*, tomado por Jakobson de O. Jespersen. Jespersen definía el *shifter* así: ‘una clase de palabras cuyo sentido varía con la situación... ejemplo, mamá, papá, etc.’ La palabra “embrague” que es utilizado en el lenguaje técnico para traducir algunos de los sentidos de *shift*, *shifter*, nos ha parecido adecuada para designar esas unidades del código que ‘embragan’ el mensaje en la situación.” Roman Jakobson, *Essais de linguistique générale*, traducción de Nicolas Ruwet, Paris, Minuit, 1963, p. 178.

consecuencia, asume resonancias propias, extrañas al contexto del que emergió. Conocemos los apegos inesperados que ha suscitado y sus desarrollos posteriores, en particular en la propuesta de Greimas.

No obstante, las contribuciones de Jespersen, Hjelmslev y Jakobson, no ofrecieron una aproximación integral a la dinámica del acto de lenguaje derivada de la estratificación constitutiva entre la aproximación sistémica al lenguaje y la consideración del acto como forma realizada del acontecer del lenguaje (Jakobson). Acaso, una contribución decisiva surgió del concepto de enunciación formulado por Benveniste. Un rasgo propio de su mirada es sustraer la reflexión sobre la deixis inherente al régimen pronominal del ámbito teórico de la referencia y remitirlo específicamente a la inscripción del sujeto en las condiciones específicas del acto de lenguaje. La preocupación de Benveniste por el vínculo entre sujeto y lenguaje no es circunstancial. Recorre su obra completa. No sólo interroga la particular asimilación del pensamiento freudiano a ciertas contribuciones fundadoras, aunque equívocas, del pensamiento lingüístico, emanadas de las consideraciones evolucionistas sobre la transformación de la forma del lenguaje. Transita por una reflexión inmersa en los marcos de la visión saussuriana para desembocar en interrogantes propias que lo llevan, incluso, a una confrontación crítica con la filosofía del lenguaje ordinario cuyo tópico cardinal toca la relevancia del sujeto en el acto de lenguaje. En esta consideración específica de la posición y relevancia del sujeto en la acción del lenguaje, Benveniste asume el carácter creador de identidad del lenguaje, que se torna reflexivamente para conferir su identidad propia al sujeto:

Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye en sujeto; puesto que sólo el lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la de ser, el concepto de ‘yo’ [...] La subjetividad, tal como se

formula en fenomenología o en psicología, como se quiera, no es sino la emergencia en el ser de una propiedad del lenguaje. Es *ego* quien dice: "ego".⁸

Benveniste toma el hilo conductor de la deixis pronominal y señala una condición estructural constitutiva de esa partícula: desde su perspectiva, su sentido no deriva solo de su fuerza referencial sino de su condición contrastante. Reclama el "tú", en lo que él llama correlación de personalidad, y el "él", como un contraste de no-personalidad. "Yo" y "tú" son complementarios, asimétricos e irreversibles. Más aún, "yo" no se refiere al sujeto que pronuncia el enunciado. Su vínculo referencial no es el sujeto sino el acto de enunciación misma. Designa al sujeto, pero en su calidad de enunciador. A su vez, la deixis pronominal tiene una fuerza morfogenética propia: de su inscripción en el lenguaje deriva la fuerza deíctica de todas las demás partículas. Es patente que la deixis toma como referencia la acción y no el sujeto. Hace posible así reconocer modos de acción diferenciados que fundan una escisión inherente al concepto de enunciación. Benveniste distingue enunciaciones "subjetivas" que revelan una "actitud" del sujeto, y "objetivas" que remiten a un acto que es una operación cuyo sentido deriva de su implantación y reconocimiento en el régimen de intersubjetividad. Su reflexión a pesar de preservar ciertas consonancias con las perspectivas de Jakobson y Hjelmslev, ahonda en la interrogación sobre el vínculo entre las determinaciones estructurales del lenguaje y las modalidades de la acción lingüística. La reflexión de Benveniste despliega una visión de la forma pronominal desde la aprehensión de determinaciones formales que se expresan en la forma lingüística derivadas de condiciones formales propias del acto de enunciación, que, a su vez, exhibe marcos formales

⁸ Émile Benveniste, "De la subjectivité dans le langage", en *Problèmes de linguistique générale*, 1, Paris, Gallimard, 1966, p. 259.

específicos inherentes al del modo de funcionamiento de la partícula deíctica. No obstante, la observación sobre la enunciación no se restringe a esta aprehensión de "uso de las formas" lingüísticas y sus condiciones de realización sintácticas. Esta doble vertiente de la génesis de formas, surgida del acto de enunciación: forma lingüística y forma del ámbito de la enunciación, revelan así, un régimen de articulación y diferencias irreductibles: no sólo el carácter dual del lenguaje, sino, más perturbadoramente, de la naturaleza compleja de la génesis y desempeño dinámico de ese dualismo en el marco específico de la significación del lenguaje. Pero la enunciación, en sí misma, exhibe a su vez, en la perspectiva de Benveniste, tres facetas reconocibles, específicas y dotadas de regímenes propios: el acto de enunciación, "las situaciones en las que se realiza, los instrumentos para su realización".⁹ El acto de enunciación es la posibilidad de ser del lenguaje. "Antes de la enunciación, la lengua es sólo posibilidad de la lengua"; Benveniste subraya así la naturaleza de la lengua como un régimen puramente potencial que reclama, como condición para la realización, su inscripción en un régimen de intercambio intersubjetivo. Benveniste subraya enfáticamente: la fuerza de la deixis personal induce un ordenamiento en la experiencia del espacio y tiempo, y marca las condiciones de posibilidad de la expresión verbal del tiempo. Sólo en condiciones de esta relación intersubjetiva surge la fuerza referencial —entendida como correferencialidad establecida entre el sujeto y el otro del discurso, que Benveniste asume como "consenso pragmático" y que se revela como irreductible a la fuerza de designación de la deixis— de las entidades lingüísticas. El acto de enunciación crea el espectro de indicaciones referenciales de los signos del lenguaje y sustenta la génesis de la significación como comprensión. Con la enunciación se

⁹ Émile Benveniste, "L'appareil formel de l'énonciation", en *Problèmes de linguistique générale*, 2, Paris, Gallimard, 1974, p. 81.

instaura una escisión constitutiva en el régimen de significancia—la propiedad, según la designación de Benveniste, de significar— específico de la lengua: semiótico y semántico. El lenguaje verbal conjuga íntimamente los dos modos específicos de la significancia, irreductibles entre sí: por una parte, el reconocimiento de las entidades y las formas de composición inherentes al régimen estructural de la significación, es decir, la instauración de entidades y formas materiales sonoras como signos, y, por otra parte, la comprensión comunicativa que surge en el vínculo intersubjetivo por la puesta en discurso del régimen semiótico. Con este ámbito dual de operaciones se hace patente también una calidad singular de la enunciación: la de su pliegue reflexivo. El lenguaje se revela capaz de volverse sobre sí, de constituirse en referencia de su propio acto de lenguaje, para ofrecerse como objeto a la comprensión, es decir, revela la capacidad metadiscursiva inherente a su posibilidad de escisión y composición densa de su enunciación.

3. HACIA UNA COMPRENSIÓN SEMIÓTICA DE LA ESQUICIA EN EL ACTO DE LENGUAJE

Las contribuciones del presente volumen se inscriben en el espacio de reflexión abierto por el trabajo semiótico de Greimas acerca de las propiedades y de las modalidades de la enunciación que se expresan privilegiadamente en dos categorías en apariencia inversas, reversibles: *embrayage* y *débrayage*. Las reflexiones desarrolladas exploran, a partir de la definición de estos conceptos, formulada en *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*,¹⁰ un señalamiento cardinal en el tratamiento de la enunciación: la escisión entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, inherente al acto de lenguaje, expresado en

una fórmula enigmática: esta separación y diferenciación del sujeto del enunciado y de la enunciación, se comprende no como una disyunción o una dicotomía, sino como una dimensión determinante de la "esquicia creadora". Como señala enfáticamente Raúl Dorra, las resonancias contemporáneas del neologismo "esquicia", evocan una multiplicidad de procesos de escisión experimentados, percibidos o aprehendidos por el sujeto, pero quizá, más todavía que las resonancias acumuladas en el término, lo más perturbador, es la aparente paradoja de la composición que se expresa como un oxímoron.

Dicho sustantivo nos remite de inmediato, por una suerte de gravedad semántica, a los terrenos del psicoanálisis o sobre todo al de la psiquiatría, donde adquiere una connotación insalvablemente patológica. Pensada desde ahí ¿cómo podría ser creadora la quiebra de un sujeto, quiebra de la cual resultan dos formas de la identidad confrontadas, mutiladas, o al menos diferenciadas hasta el punto que, si bien se tocan, no se reconocen entre sí porque, al tocarse, tocan lo invisible y aun lo intangible?¹¹

En efecto, esta condición en apariencia paradójica había sido explorada en el marco del psicoanálisis. Lacan, privilegiadamente en los seminarios de 1963-64,¹² invoca este término para reconocer en él no sólo una escisión, sino la condición de un impulso que da cabida a una acción suscitada desde la angustia, que se expresa en un acto cuyo sentido excede las condiciones de toda previsibilidad y arrastra consigo una carga de afección inusitada. Esta caracterización desde el psicoanálisis no suprime el enigma de la escisión ni del sentido de su horizonte creador,

¹¹ Raúl Dorra, "Pensar el acto de lenguaje", p. 12.

¹² Cfr. Jacques Lacan, *Le Séminaire. Livre X. L'angoisse*, Paris, Seuil, 2004; y Jacques Lacan, *Le Séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1973.

¹⁰ Algirdas Julien Greimas y Joseph Courtés, *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette, 1993.

pero señala una orientación para comprender el acto en la trama de los velos erigidos por la fuerza de la pulsión.

La propuesta de Greimas, formulada explícitamente en *Sémiotique* asume y condensa las diversas aportaciones formuladas desde perspectivas distintas y las integra en una propuesta que las conjuga, incorporando a un tiempo, las contribuciones de la fenomenología —en particular con la aproximación de Merleau-Ponty—, las propias interrogaciones semióticas sobre la creación de sentido desprendidas de la meditación estética desarrollada en su trabajo *De la imperfection*, y las marcadas reelaboraciones del ámbito conceptual de la semiótica, impulsadas por la incorporación, en el dominio de las significaciones, de los procesos de constitución corporal de la experiencia, a partir de procesos pre-categoriales afectivos, emotivos —y eventualmente pulsionales— del sujeto. Más aun, esta nueva posición del sujeto en el dominio de la semiótica involucra no sólo la reflexión sobre la corporalidad amparada en las reflexiones de Merleau-Ponty, asume también la interrogación sobre el objeto como devenir de la presencia y de las modalidades de la visibilidad. Pero la interrogación sobre el sujeto no queda acotada en los límites de la filosofía de la conciencia; la interrogación sobre la posición del sujeto en la enunciación alude también a los procesos de escisión del sujeto en el juego del significante y los enigmas de la calidad pulsional de la mirada derivados de la reflexión psicoanalítica. Esta recuperación de la inscripción del sujeto en el acto de lenguaje, bajo esta doble exigencia teórica, marca una drástica transfiguración, no sólo de sus recursos y alcances conceptuales, sino también de sus presupuestos constitutivos. Así, la visión greimasiana asume como propia la tesis sobre el carácter singular de la significación engendrada en el impulso mismo del acto de lenguaje y que emerge, acaso irrumpe, como un jirón de sentido en los márgenes de la significación estructurada. Esta efusión de la significación emana de la tensión irreductible entre el régimen propio de la acción lingüística

—el dominio enunciativo, y la impronta estructurante de la forma de los estratos lingüísticos o semióticos. Para aprehender teóricamente este proceso se recurre no a la noción de *shifter* —ni en el sentido de Jespersen ni en el Jakobson— sino a la incorporación de la metáfora mecánica del embrague, acuñada por Ruwet, y que privilegia la fuerza de una acción que inscribe e incorpora una entidad en un entorno funcional estructurado, transformando las capacidades de éste y su propia relevancia funcional. No obstante, el conjunto de resonancias, ecos, evocaciones involucrado en la concepción semiótica del acto de lenguaje, asume también su propia fuerza de evocación y su despliegue en un ámbito de resonancias particular no exento de interés ni de relevancia para la reflexión semiótica.

La noción de esquizia revela así un juego de operaciones de segmentación que involucra, en el acto de lenguaje, el desenlace de todas las tensiones involucradas en la significación, y la realización, como un acontecer singular del acto de lenguaje, de sus capacidades potenciales. Hace posible así, advertir en la esquizia intensidades y disipaciones, polaridades y umbrales, que señalan las segmentaciones en los esquemas sintácticos y conceptuales, en el acto mismo, en los recursos expresivos del sujeto e, incluso en el sujeto mismo, que se hacen patentes, en distintas condiciones y con diversos impulsos expresivos en el acto de lenguaje. La escisión, experimentada en el ámbito de la subjetividad revela dos facetas: una inherente a la constitución misma del sujeto, a su condición deseante, a la naturaleza del vínculo entre sus pulsiones y sus objetos; pero también en las formas extremas, patológicas, que suscita el quebrantamiento radical de la inscripción del sujeto en el vínculo con el mundo y con los otros: la esquizofrenia. Luisa Ruiz Moreno advierte entonces dos calidades distintas en esta incidencia de la fuerza que escinde, en la fuerza inherente al proceso de la esquizia: una polaridad que involucra esta forma extrema del eclipse de las identidades en su quebrantamiento y su disgregación, y otra que involucra

un modo de darse de expresión de la subjetividad en el propio acto de lenguaje: la creación de significación. La noción “débil” de la esquicia, destinada a la comprensión de la escisión inherente a las operaciones de embrague y desembrague, permite, no obstante, elucidar facetas particulares de éstos y, con ello, del acto de enunciación. En efecto, el acto de lenguaje, encarado desde la operación de desembrague señala una aprehensión de la condición del sujeto en su posición al mismo tiempo distinta respecto del acto de lenguaje y del enunciado. Se advierte el carácter multiplicador de esta fuerza de escisión: revela la escisión del sujeto y su acto enunciativo, la escisión del acto enunciativo respecto del enunciado y respecto del sujeto de la enunciación. Ruiz Moreno y María Luisa Solís subrayan que en el evento enunciativo la creación surge de la concurrencia de operaciones de proyección —el sujeto de la enunciación se proyecta en las entidades sintácticas y narrativas, o en la huellas de la enunciación que definen el carácter discursivo del enunciado. Como había ya advertido Benveniste, el alcance significativo del embrague, produce una síntesis peculiar que preserva la articulación tensiva de las entidades comprometidas en la enunciación. Benveniste asume que la relación del sujeto con su representación sintáctico-semántica en enunciado supone una operación particular: la apropiación. El acto de apropiación exhibe así un doble movimiento, incorpora el régimen sintáctico-semántico como una forma que modela la experiencia de identidad y el marco espacial y temporal en el que ésta emerge, y, al mismo tiempo, “introduce a quien enuncia en su habla”.¹³ La noción de embrague admite esta operación doble inherente a la apropiación del régimen del enunciado: por una parte la incorporación en la esfera de lo propio del sujeto, en la forma de su experiencia, de la forma narrativa —capaz de modelar la identidad y las experiencias de tiempo y espacio del sujeto— y, por la otra, la

¹³ Émile Benveniste, “L’appareil formel de l’énonciation”, *op. cit.*, p. 82.

introducción, por la operación de la representación —o, del simulacro, apelando a los términos propios de la mirada semiótica en juego—, de la posición y la realización de la capacidad expresiva del sujeto en las pautas narrativas del enunciado.

Ruiz Moreno señala una precisión tácita en la propuesta de la “esquicia creadora” que surge de la reflexión ofrecida por Greimas y Fontanille derivada de una lectura propia de la fenomenología. Esta precisión, consiste en reconocer modalidades de la segmentación de la experiencia inherente al acto de lenguaje: propone distinguir entre escisión y esquicia, como dos procesos articulados secuencialmente. Esta sucesión de fragmentaciones hace posible discernir ámbitos y calidades en estos quebrantamientos sucesivos del acto de lenguaje. Es posible asumir así una escisión constitutiva: la que separa y articula, simultáneamente, hombre y mundo. La esquicia constitutiva no de la experiencia primordial del mundo sino de su devenir sentido asumido como expresión instituida, objetivada, a partir del acto de lenguaje participa también de la conformación del sentido tanto del mundo como del sujeto mismo. Es interior y exterior a ambos, de la misma manera que hombre y mundo, permanecen extrínsecos e intrínsecos al acto de lenguaje. Este contraste entre interior y exterior, señalado tanto por Ruiz Moreno como por Solís, conlleva una interrogación del lugar del cuerpo, de los tiempos y *tempos* de la percepción, una caracterización de la intensidad y la fuerza de disgregación de las afecciones que es al mismo tiempo fuerza constructiva de significaciones. “Mi cuerpo es el quicio del mundo”: la frase inquietante de Merleau-Ponty asumida y desplegada reflexivamente por María Luisa Solís, cuerpo-quicio que revela el papel crucial asignado al cuerpo en la experiencia del sujeto: cuerpo que señala la inscripción de la conciencia en el aquí y ahora, como condición de ser del propio sujeto y como objeto del mundo, mientras que engendra, desde ese anclaje en el aquí y ahora, la fisonomía del mundo mismo en la conciencia, como universo de sentido. Así, la

inscripción del sujeto y el cuerpo en un momento pre-categorial da lugar a que esa escisión entre sujeto y mundo no sea simplemente una escisión que anticipa y prepara la esquicia del acto de lenguaje, acarrea también un trastocamiento de las temporalidades del cuerpo, de sus afecciones y de sus capacidades expresivas. Si bien la escisión precede la esquicia, también se despliega permanentemente con ella: paralela, yuxtapuesta, entrelazada, interior y exterior a ella. La esquicia inscribe así en su proceso el devenir sujeto en la relación intersubjetiva y, fundada en la potencia expresiva del lenguaje, y el devenir mundo, y cada una de estas instancia al mismo tiempo externa e interior a la otra. Solís invoca el relato de Huxley¹⁴ que describe, en un juego de símiles, la experiencia del universo-isla en el movimiento de aprehender la presencia del otro, como un acontecer de la apropiación de esa presencia como extrañeza en el propio universo: "como si la intención del otro habitara mi propio cuerpo o como si mis intenciones habitaran el suyo".¹⁵ La reflexión de Huxley es elocuente: el símil se experimenta no con el otro sino con su intención, y es ésta la que habita en uno, mientras que la propia intención parece habitar en el otro. El énfasis de Huxley en la intencionalidad, ahondada por la figura de un habitar recíproco señala la complejidad de esta condición extrema de la intersubjetividad, permanentemente experimentada como desplazada, metafórica, por el propio sujeto. Este habitar no emana sino de la experiencia de la esquicia propia del acto de lenguaje, la irreductibilidad del sujeto de la enunciación y el enunciado en condición dialógica del que surge su propia identidad.

Las experiencias extremas invocadas por Huxley iluminan de manera inesperada, pero sustantiva, facetas de la esquicia que escapan a la aprehensión habitual del acto de lenguaje. Algo

similar ocurre con la perspectiva de Denis Bertrand surgida de una tensión extrema en la relación intersubjetiva y la relevancia expresiva del lenguaje en una condición de extrañamiento radical del cuerpo, las afectividades y los procesos psíquicos comprometidos. El cuerpo revela entonces facetas múltiples, diferenciadas, dotadas de un régimen propio de expresión y, al mismo tiempo, en condiciones habituales, entrelazados de manera inextricable y fundidos hasta tornarse irreconocibles en su estratificación específica. El siglo XIX, y en particular Helmholtz, había sostenido este desempeño de una fisiología expresiva inconsciente, en consonancia con las investigaciones de Darwin sobre la relación entre las afecciones y efusiones animales y la transfiguración no deliberada de su fisonomía expresiva. Bertrand propone así una "enunciación corporal" inconsciente, inintencional que se conjuga también al margen de la conciencia con una enunciación cognitiva que se desarrolla a partir de un lenguaje interior o una composición categorial no lingüística y que, no obstante, se trasluce en ciertos acentos y formas expresivas no controladas ni reflexivas. Por otra parte, aparece la enunciación propiamente discursiva que no es ni reflejo, ni síntesis, ni expresión sincrética de las otras dos; pone en juego su propia instancia de enunciación. Ninguna de ellas es ajena a la implantación de la corporalidad en el aquí y ahora, ni en la forma de inscribirse del sujeto en el mundo y en la relación intersubjetiva. Sin embargo, en situaciones extremas, se hacen discernibles las facetas autónomas que ponen en juego condiciones distintas de un inconsciente corporal o cognitivo que se conjuga con el desempeño psíquico de la subjetividad expresado en la esquicia del acto de lenguaje. Más aún, este desempeño extremo no se produce por carencia sino por exacerbación de las capacidades de aprehensión y de respuesta afectiva. Ésta exacerbación que pone en juego gamas de procesos con intensidades diferenciadas y distintos órdenes graduales de dichas intensidades tiene como desenlace una inhibición y un repliegue de

¹⁴ Aldous Huxley, *The Doors of Perception*, Nueva York, Harpers, 1990.

¹⁵ Citado por María Luisa Solís, "Ahí afuera, aquí adentro", p. 204.

la acción ante la imposibilidad de restringir el proceso a patrones articulados y selectivos eficientes. El cuerpo y la acción se revelan íntimamente articulados y enlazados con esta trama de intensidades a un tiempo diferenciadas y profundamente entrelazadas. Bertrand formula sintéticamente una evidencia: la relación de la enunciación, o quizá habría que decir, de las múltiples enunciaciones articuladas y fundidas en un mismo impulso de la acción del lenguaje, con las afecciones revela también modalidades graduales y diferenciadas de la conciencia —y calidades distintas de incidencia de lo inconsciente. La conjugación de procesos afectivos y diversos niveles cognitivos se hace patente y la posición del cuerpo y la enunciación en su relación con el otro y con el mundo revela la extraordinaria complejidad dinámica y las instancias diversificadas de su devenir.

La esquicia instaura el sujeto de la enunciación como extraño e inherente al enunciado. El sujeto de la enunciación aparece así como algo extrínseco a todo sentido posible, lo innominable que asume su devenir presencia en el movimiento del enunciado que lo instaura como voz y como presencia. Hace patente la fertilidad de una negación que participa en el devenir irreductible del sujeto de la enunciación respecto del sujeto de la enunciado, vinculados, sin embargo, en un devenir articulado y disyuntivo, pero inextricable. La elaboración semiótica va incluso más allá al involucrar la enunciación como un proceso en devenir incesante, marcado por las dimensiones de tiempo y *tempo*, y el enunciado como una disposición objetivada, señalada por sus posiciones espaciales y por la decantación en la forma narrativo-sintáctica establecida, de los momentos del devenir enunciativo. No obstante, el juego que se instaura en el régimen dualista de la escisión y la esquicia hace, a su vez, patente otro más: el que, articulado por un núcleo conceptual común —quicio— se despliega en otro dualismo: esquicia y enquicia, señala dos movimientos en torno de un umbral, un marco, un polo que ciñe o que fija, movimientos centrípetos y centrífugos y que exploran

una tensión que habita el pensamiento contemporáneo: el devenir como transfiguración y, quizá, simultáneamente, como creación y como edificación de formas, como disipación del sentido y como figura de su ordenamiento.

El régimen temporal de la esquicia, su orientación a los tiempos, los ritmos, los *tempos*, las disyuntivas del devenir remite a la inserción del sujeto en el mundo como una permanente dehisencia, como un devenir del sujeto en el devenir mundo que es también un devenir mundo en el devenir sujeto. En una frase contundente, Merleau-Ponty había definido el objeto como “aquello que desaparece”. Más tarde, el desarrollo de su reflexión fenomenológica está marcado por la interrogación surgida del darse de “la chair du monde” como esa calidad de una presencia que se sustrae a toda tangibilidad para dar cabida a un devenir presente, a un surgir del cuerpo como objeto del mundo y como extrínseco a él, al mismo tiempo que emergen también los objetos del mundo de la creación de identidades, de la creación de sentido del propio sujeto, la fenomenología advierte la condición dinámica, los tiempos y los *tempos* entreverados y densos de la mutua inherencia de presencia y ausencia. Esta doble dinámica del devenir remite a una formulación metafórica que apela a una clase retórica: el quiasmo. Al reflexionar sobre el engendramiento recíproco, íntimo, de presencia y ausencia, a la luz de la incidencia del acto de lenguaje, se hace claro que la esquicia no puede sino articular de manera también íntima el embrague y el desembrague en su asimetría irreductible, en sus modos incommensurables de operar en la génesis de la significación. María Isabel Filinich subraya la relación entre la esquicia y este juego de presencia ausencia. La esquicia revela, en el acto de lenguaje, el velo del sujeto de la enunciación y la equivocidad de su “devenir presencia” en la forma del sujeto del enunciado. El sujeto del enunciado señala al mismo tiempo este devenir *presencia significada* del sujeto de la enunciación, pero, al mismo tiempo, esta significación enunciada no puede ser sino un simulacro del

enunciador, de la instancia de creación del enunciado. Éste sólo se hace presente como ausente. Es esta ausencia la que resuena en el hacerse presente del sujeto de la enunciación en el sujeto del enunciado. Revela así, una tensión irreductible en la génesis misma de la subjetividad que no puede sustraerse a esta condición: la identidad, la inscripción del sujeto en el mundo del sentido surge de aparecer como simulacro, como nombre e instancia de la narración. El sujeto surge de este asumir y velar la disipación de su identidad como sujeto en el acto de lenguaje. Pero el acto de lenguaje no sólo instauro el simulacro de la identidad del sujeto. Revela también la génesis y la disipación simultánea y catastrófica del otro. El acto de lenguaje, la enunciación, no puede surgir sino desde la aparición del otro, a su vez como presencia y como simulacro de esa presencia: el otro reconocido como presente y como radicalmente inaccesible en su naturaleza y en su fuerza constitutiva del vínculo de intersubjetividad, pero al mismo tiempo como objeto, como aquello cuya condición esencial es la desaparición. Esta aparición del otro surge a su vez como testimonio y como anticipación de su desaparición. Filinich elabora esta relación entre la enunciación y la desaparición a partir del juego de la reflexión freudiana acerca de la repetición de la enunciación y su vínculo con la desaparición del objeto. Como se sabe, Freud había desarrollado su reflexión cardinal sobre la repetición —que habría de sustentar su concepto polémico de la “pulsión de muerte”— en su escrito, *Más allá del principio del placer*, en donde advierte la correspondencia entre el acto de lenguaje —el niño pronuncia las palabras *Fort-Da* [lejos - aquí] al hacer desaparecer físicamente, mediante un gesto corporal, un carrito de hilo, que, a su vez responde al acto de desaparición de la presencia materna. Filinich apela así a la concepción de afectación —que acarrea los ecos de Spinoza y acaso de Deleuze—. El acto de lenguaje responde a esta afectación suscitada, con sentidos incomparables, por la ausencia o la presencia del otro, del objeto, por el “advenir constitutivo” —un

advenir del objeto que es al mismo tiempo constitutivo de toda subjetividad— de esta presencia/ausencia del otro. Pero esta afectación sólo puede darse, subraya Filinich, por una separación, por una escisión del universo de lo propio en virtud de la aparición del otro como irreductible al propio sujeto. Surge así una diferencia, una distancia en la que se produce la aparición fantasmal del otro o su desaparición, ambas capaces de suscitar una intensidad afectiva que se expresa en el cuerpo y en el acto de lenguaje. En el niño, el acto de lenguaje —el *Fort-Da*— aparece como una tentativa, realizada, de sostener y restaurar, incluso por la vía de la construcción alucinatoria, por la vía de la significación, el devenir presencia del otro. “Será la semiosis —propone Filinich— aquello que tiende a reconstruir el vínculo mediante la incesante búsqueda del sentido”.¹⁶

Esta concepción de la semiosis como un proceso que se instauro entre el devenir presencia y devenir ausencia, del objeto —y, por consiguiente, también del sujeto en la medida en que éste surge sólo de la presencia del otro como objeto y sujeto en la esfera de lo propio—, deriva en una concepción fundamental: la de “densidad existencial” como un régimen de significación de la consustancialidad entre desaparición y aparición graduales, tanto del sujeto como del objeto, articulados en el discurso. Esta densidad existencial remite a cuatro procesos concebidos como “modos de existencia”: figuras discursivas del devenir modalidades de la presencia. El objeto deviene o bien una presencia virtual o bien una presencia “real”. Y este devenir, a su vez asume dos modalidades: el paso de lo virtual a lo real (actualización) y el paso de lo real a lo virtual (potencialización). Estas modalidades del devenir presencia en grados de densidad variable, comprometen, con el acto de lenguaje, no sólo los recursos semióticos y narrativos en juego sino, asimismo, modos de afectación, su gradación y su intensidad, que se expresan en las

¹⁶ María Isabel Filinich, “La ausencia: una forma de esquizia”, p. 72.

facetas distintas de la percepción y la expresión de sí, del otro, del mundo. Percepción de sí que se distingue de manera radical de la percepción del otro y del vínculo entre ambos, pero también de la inscripción de ambos como objetos – sujetos en el mundo. La tensión entre el yo y el otro, cuya presencia/ausencia me constituye, se revela en un espectro de afecciones que a su vez se despliega en diversas modalidades de la percepción de las emociones y tensiones del propio cuerpo, de la propia actividad psíquica, del propio desempeño biológico. Pero estas modalidades que señalan la emergencia y el destino de la percepción, se expresan también en figuraciones del deseo, en modalidades de la acción. Estas modalidades de la acción se orientan a su vez según las densidades de la presencia, propia y del otro.

Pero la caracterización de los modos de la presencia —virtualización y realización; actualización y potencialización— reclama también una formulación de los modos de la ausencia y del vínculo entre esas distintas modalidades de la presencia y de la ausencia. Los modos de la ausencia: inanidad, pérdida, carencia, vacuidad que definen así la naturaleza, la intensidad, la fuerza de afección inherente al devenir ausente del objeto, que acarrea, ineludiblemente tanto la transfiguración de los vínculos y su persistencia, su estabilidad o su degradación, como las modalidades específicas de la presencia y la aprehensión de sí del propio sujeto.

4. UN DESTINO SINGULAR DE LA ENUNCIACIÓN: EL ACONTECER ESTÉTICO

La esquicia constitutiva del acto de lenguaje hace de la realización misma del enunciado un acontecer. La aparición del sujeto de la enunciación como una fuente vacía de significación desde la que emerge la fuerza del decir y la expresividad es, por sí mismo, un acontecer, un momento de creación. No obstante, la fuerza creadora de la expresión semiótica no se extingue con

la enunciación. Más bien, el acontecer del enunciado revela otra potencia de creación que se sustenta en un desdoblamiento del proceso de enunciación. La creación poética propia del lenguaje surge de la multiplicidad de las segmentaciones inherentes a la esquicia primordial que separa y articula forma, sustancia y materia en una trama de operaciones de creación de forma, de invención de realizaciones y virtualizaciones de la lengua, multiplicando sus actualizaciones y ampliando e intensificando la génesis y el reconocimiento de sus potencias, en este juego de velos, ausencias y presencias, simulacros y creación de identidades explorado por Filinich. Pero hay algo propio del proceso de potencialización: «Una de las operaciones del proceso de potencialización es el cambio de perspectiva»,¹⁷ es decir, surge la construcción potencial de un enrarecimiento del sentido habitual, de un quebrantamiento de la posición instaurada de las subjetividades, la posibilidad de otra mirada desde otra posición subjetiva. Surge la potencialidad como génesis de la mirada estética.

Así aparece la autonomía significativa de la musicalidad de la lengua apuntalada en la aparición significativa de patrones rítmicos que se despliegan simultáneamente en la materia sonora del lenguaje, y en los ámbitos sintácticos y semánticos, pero que se fincan en una respuesta corporal autónoma, en una enunciación corporal inconsciente y no controlada de sustrato biológico, constituida en régimen formal de expresividad, como ha puesto de relieve Denis Bertrand. Pero sin duda, la musicalidad de la lengua, desplegada en el enunciado ordinario como una calidad suprasegmental de la forma lingüística y destinada a la creación de un acontecer comunicativo entre “yo” y “tú”, se transfigura, se potencia y se realiza en el canto. El canto no sólo señala la singularidad estética del discurso musical sino que añade otro acontecer: la impronta de las afecciones del cuerpo plasmadas en la conjugación de *tempo*, intensidad, duraciones,

¹⁷ *Ibid.*, p. 86.

tono, cuya síntesis emerge en la voz de quien canta como la configuración y el modo de inscribirse del propio cuerpo en la trama de vínculos y en la instauración del mundo como pasado y como horizonte, eso que Barthes llamó "el grano de la voz" y que María Eduarda Mirande invoca como una modalidad específica del régimen enunciativo.

La particularidad del canto como enunciación y como expresión estética lleva a Mirande a una analítica de la esquicia, orientada por la exploración léxica del término. Reconoce así, explícitamente, tres sentidos de la esquicia. Por momento comparte esta exploración con otras tentativas: la noción de escisión, quebrantamiento, ruptura, separación marcan incesantemente las consideraciones evocadas por el texto de Greimas, quizá menos que la noción de quicio, explorada también por María Luisa Solís. Pero acaso la noción de esquiciar, entendida como esbozo, derivada etimológicamente de otra fuente, aunque emparentada con esquicia —inexistente en español— por su figura sonora, remite también a la mirada fenomenológica de Merleau-Ponty, como dehiscencia, como momento crucial del devenir, como momento en el que emerge ya, de manera definitiva pero apenas reconocible, una de las modalidades expresivas del sujeto que aparece como la síntesis de actualización y potenciación: en ese juego de desplazamientos asociativos el esquiciar, el esbozar, marca las potencias de la forma en devenir pero ya como un impulso plenamente actualizado. La metáfora biológica de Merleau-Ponty señala este acontecer de la fuerza vital que se expresa en el tránsito de una forma anticipada, una promesa de expresión, hasta la plenitud expresiva.

La esquicia entendida como fractura, pero a la vez como irrumpir súbito en esa síntesis rítmica, sensorial, afectiva que se transforma en un régimen inédito para la mirada que al mismo tiempo perturba, conmueve, quizá también atemoriza o exalta no puede dejar de evocar la reflexión de Greimas ante un poema de Rilke desarrollado en *De l'imperfection*:

En la somnolencia de la siesta aparece la imagen de una joven turbada: su respiración —el 'Atmen' en alemán comporta un añadido de sentido concreto— es, en principio, la manifestación somática del ritmo vital. Su pecho que se levanta roza cada vez su vestido fresco, lo que ya es para ella el primer contacto con el objeto, con el mundo fuera de su cuerpo. La sensación táctil a su vez está acompañada —ella inspira y respira— de la sensación olfativa de frescura, sensación incoativa y moralmente 'pura' que es ya un 'estado de alma'. Una isotopía sensorial, sincrética y profunda —gestualidad del cuerpo, tacto y olfato— se instaura así desde el principio, por encima del ritmo musical: la niña aplicada a ejecutar un estudio, es negada; se asiste al nacimiento de una joven mujer.¹⁸

En el texto de Rilke que da lugar a este comentario concurren diversas modalidades de fragmentación: la conjugación del ritmo musical separada pero en consonancia con el corporal, la síntesis de sensaciones y afecciones en un mismo punto que quebranta una identidad y desata una fuerza de creación de una morfología inédita, un devenir mujer de la joven al margen de la música pero en plena correspondencia con las calidades afectivas que suscita. Esa escisión da lugar también a un nuevo régimen de visibilidad, de afección y de sensibilidad en consonancia con la nueva condición vital en la trama de los reconocimientos colectivos. Es al mismo tiempo un momento de escisión entre el sujeto en el mundo y una plena disposición y apertura en el que el mundo irrumpe para transfigurar radicalmente el universo de sentido. Surge de esta simultánea escisión de sujeto y mundo, pero marcada por la exacerbación de la intensidad receptiva. El cuerpo y los ritmos propios de la afección y el desempeño biológico, se expresan como una turbación de las certezas, una vacilación o incluso un derrumbe cognitivo que emana no sólo del enunciado

¹⁸ Algirdas Julien Greimas, *De l'imperfection*, Perigueux, Pierre Fanlac, 1987, p. 40.

estético sino del mundo mismo. Mirande apunta este momento "paroxístico" que se traduce en la experiencia de fusión con el mundo, una transfiguración de la subjetividad: "surge ahí, dice Mirande, un sujeto *expandido*, enriquecido en su capacidad de interpretancia del mundo y de sí".¹⁹ Esa capacidad de interpretancia nueva, ampliada, acaso dispuesta a una trama más articulada y más cerrada de las significaciones, desemboca en lo que ella designa como un proceso de "enquicia": al mismo tiempo composición y extrañamiento de las significaciones, al mismo tiempo una forma inédita e intempestiva de mirar y articular la totalidad de sí y del mundo, y también una experiencia de enrarecimiento del entorno, de lo dado, de lo reconocible estructural y normativamente. El proceso estético es vivido, subraya Mirande, como plenitud y carencia que no sólo alcanza al mundo, al otro, al enunciado mismo, sino a la propia aprehensión de sí. Así, ese dualismo emerge de ese súbito golpe del ritmo en el cuerpo, la experiencia tangible de lo intempestivo, la intensidad lacerante de la percepción, un agolpamiento del afecto que señala una mutación radical de las significaciones, de los umbrales mismos del sentido. El enunciado estético exhibe —privilegiadamente en la música y el canto, pero también en las expresiones plásticas, dancísticas, dramáticas y poéticas— su forma rítmica en su esquicia propia —forma rítmica del enunciado capaz de suscitar un sentido del tiempo y del *tempo*, pero también experiencia corporal pre-consciente, surgida del sustrato biológico y conformada por los usos y los diálogos. La creación estética despliega así, al realizarse como acción, modalidades de creación de formas materiales y de "sectores" de la sustancia de expresión y contenido inéditos, se revela capaz de privilegiar la síntesis de actualización/potencia significativa. Es también capaz de desplegar formas que alientan la efusión y la carga

¹⁹ María Eduarda Mirande. "El mundo en la totora. La esquicia creadora en el escenario de una copla popular", p. 108.

exorbitante de las afecciones. Se apuntala en modos de cognición pre-conceptuales destinados a entrar en formaciones de síntesis con procesos de sentido heterogéneos. Pero esta cognición pre-conceptual se conjuga en la experiencia estética con modos de cognición significados estructuralmente y con corrientes afectivas derivadas de las calidades específicas de múltiples materialidades, dispuestas según distintas potencias expresivas.

Esa posición exorbitante de tiempo, espacio e identidad surgida de la experiencia estética y que tiene como correspondencia una composición articulada de una hueva mirada que surge como acontecer no puede sino experimentarse como una extrañeza de sí y del mundo. Surge acaso una topografía de la extrañeza en el acto de lenguaje. Verónica Estay asume esta figura de la topografía disgregada y equívoca de la extrañeza de lo dicho y de sí en el lenguaje literario. Formas de trazar los umbrales entre las regiones de un *topos* fragmentado y desplegado con diferentes acentos en momentos históricos distintos, bajo exigencias diferenciadas de género y de inteligibilidad de lo estético. Así, Estay reconoce estas maneras distintas de "habitar la esquicia", que constituye uno de los conceptos cardinales para repensar estas formas de inscribirse en la fisura del lenguaje, más allá de una mera negación o de una topografía del afuera. El poeta no habla desde un afuera del lenguaje sino desde un afuera interiorizado, de una alienación apropiada, de la revelación de lo que está marcado por el misterio y lo inaccesible. Estay reconoce tres regiones para esta topografía de un habitar la palabra que cobra significación desde su arraigo en el vacío acotado por las mitologías de la inspiración. La voz deja de tener una identidad, abandona el dominio de lo propio para recobrar la fuerza de una autonomía sin arraigo: el otro que emerge desde un lugar neutro, indecible, para revelar un sentido asimismo inarticulable más allá de la extrañeza. Un estar habitado por la intención significativa de otro, como había señalado también María Luisa Solís: de ahí la relevancia de ese enunciado inagotable a pesar de las

innumerables citas y apariciones, formulado por Rimbaud: "Yo es otro". Pero este *topos* está marcado también por una forma histórica que lo implanta en el seno del romanticismo y que lo vincula con otros procesos históricos como el mesmerismo y las corrientes herméticas que recorren el siglo XIX. Otra topografía se dibuja en el dominio de la locura, la alienación, la monstruosidad, la infamia que emergen como una irrupción de lo recóndito y de lo inadmisible en el seno del enunciado poético y que marcan también históricamente un vuelco que da su lugar a lo abyecto como figura tópica del lenguaje poético, una exacerbación y negación del romanticismo en el seno del propio impulso romántico. Una topografía final pero no menos significativa de este caleidoscopio de la experiencia del extrañamiento aparece en lo que Verónica Estay identifica, a partir de una expresión de Mallarmé, como "la iniciativa de las palabras" y que no puede ser sino la confluencia en esa región de un vuelco del romanticismo y de las corrientes herméticas: la palabra poética como un nombrar que devela la fuerza iluminadora de la palabra, como un acto de revelación de la magia inherente a la vocación del lenguaje por la esencia y la verdad oculta de la entraña del mundo y del sujeto.

En estas diversas topografías de la extrañeza, la palabra se vuelve objeto y ofrenda, destinada a la donación. La propia experiencia de separación, la esquicia inherente a la creación estética impregna el enunciado estético mismo que, para quien lo formula se convierte en una excrecencia. Es del otro de quien se recibe la palabra en el momento mismo de expresarla. Una doble esquicia que surge de la interiorización de un doble movimiento de quebrantamiento de la enunciación que hace de la palabra del sujeto una expresión irreconocible como propia. El lugar de la enunciación no es el propio cuerpo ni la propia voz y, sin embargo, el propio cuerpo y la propia voz señalan el aquí y ahora, el lugar de inscripción del acto de lenguaje. Lo que aquí mismo ha dado lugar al pensamiento de una segmentación

del *topos* de la voz: el enunciado poético como una concurrencia no sintética, extraña, de tiempos, espacios y subjetividades ajenos e irreconciliables, pero expresados en un enunciado sin referencia específica a identidad alguna.

Esta extrañeza del sentido del propio enunciado y de la vacuidad de sí en el movimiento autónomo del lenguaje ha sido incesantemente evocada en la escritura literaria, particularmente por los poetas, pero también aparece como una reflexión reiterada del psicoanálisis que toma del lenguaje poético una referencia fundamental para la aprehensión de los procesos suscitados por la esquicia que separa irreductiblemente el sujeto del enunciado y el de la enunciación. El proceso de escisión que se asume abiertamente en la extrañeza del lenguaje en el acto poético se expresa en un primer momento, como lo ha señalado Solís, en un dualismo entre el adentro y el afuera del sujeto, sólo que sometido a una inversión. El sujeto advierte su vacuidad confirmada y negada por el impulso de otra voz que emerge desde su interior, mientras corrobora el desarraigo que define lo irrecuperable del sentido de su propio enunciado como un acontecer extrínseco a su conciencia y su voluntad. Si bien el psicoanálisis apuntó esta experiencia señalada abierta y explícitamente en el acto poético, fue más allá al reconocer un espectro de mecanismos de escisión inherentes a las diversas fases y procesos psíquicos. Así, Freud advierte tempranamente en la histeria, como señala claramente Guillermina Casasco,²⁰ un mecanismo de escisión inherente a la correspondencia imposible entre la percepción y el lenguaje que se expresa en el dominio corporal, este trabajo escidente de la negación reaparece incesantemente en sus escritos. Represión [*Verdrängung*], negación [*Verneinung*] y forclusión [*Verleugnung*] —como la designó Lacan— señalan modalidades del extrañamiento del sujeto de

²⁰ Cfr. Guillermina Casasco, "Entre el sujeto y el lenguaje poético: enlaces", p. 160.

su propio decir, que marcan calidades diferenciales de la escisión que comprometen palabra y sujeto de manera diferenciada. En sus escritos tardíos, Freud fue más allá al señalar el proceso de escisión no sólo en la tensión entre enunciado y enunciación, sino en el propio sujeto. Esta escisión [*Ichspaltung*] se hacía patente en todas las figuras de la negación, incluyendo el chiste, como subraya Casasco, pero fundamentalmente en la psicosis y en el fetichismo.

Si bien Freud señaló con claridad la condición de sujeto escindido en juego en el acto de lenguaje, es quizá con la obra de Lacan como esta separación toma una densidad conceptual inédita. Casasco subraya esta faceta de la contribución lacaniana al señalar el carácter constitutivo de la *Spaltung* como surgido del carácter hablante del sujeto y de su relación con la falta. Más aún, ella pone el acento sobre la relación estrecha entre estas dos calidades de la subjetividad puestas en relieve por Lacan en distintos momentos de su reflexión: el lugar de la falta y el carácter escidente del lenguaje. Este carácter escidente se expresa en la fractura que despliega una significación imaginaria del lenguaje y una significación en referencia a la operación repetitiva y retroactiva del lenguaje como régimen estructural de lo inconsciente. Casasco apunta esta forma propia del tiempo del lenguaje que toma su fuerza significativa de su movimiento retroactivo y de su impulso repetitivo que hace posible su correspondencia con la falta. Cita a Jacques Alain Miller cuando éste señala el carácter *postpuesto* del sujeto, como esa condición evanescente que se marca en el movimiento del lenguaje —del significante— que “no es signo de la presencia de un ser sino de su ausencia, que es lo que traduce el término sujeto como *falta en ser*.”²¹ Esta condición de la negatividad aparece como una huella del acto literario. Casasco evoca la reflexión de Barthes

quien insistió en distintas obras y de manera distinta, privilegiadamente en *Leçon*, sobre el carácter negativo de la semiótica orientada a comprender lo literario como la manera específica de extrañamiento de los saberes, las utopías y las categorías ordenadoras del lenguaje. La reflexión de Casasco encuentra en la obra de Paul Valéry un momento extraño y revelador: aquel en el que la reflexión del poeta sobre su propio hacer no puede sino consolidar la experiencia de permanente extrañeza, del permanente no decir, de la experiencia del lenguaje como irrupción y como desquiciamiento, pero también como iluminación de un saber que no se sabe.

La esquizia que da lugar al sentido estético de un acto de lenguaje plasmado en un “enunciado plástico” sin duda aparece con un carácter menos específico en la medida en que la esquizia fundamental, la que separa y vincula el plano de la expresión y el plano del contenido involucra una función indeterminada —más que una solidaridad entre ambos planos separados por la esquizia fundamental quizá sería posible hablar de una constelación o, más específicamente, de una combinación— y, por otra parte, los elementos que hacen posible la génesis de la fuerza ostensiva de los elementos, reposan menos sobre condiciones formales “gramaticales” que sobre regulaciones históricas de género que orientan la aprehensión de formas y semejanzas, o mecanismos fisiológicos, perceptuales y sociales que definen la resonancia afectiva —las condiciones expresivas de una *Gestalt*. De ahí quizá los dos movimientos identificados por Iván Ruiz, inherentes a una esquizia determinante que opera en esas formas y sustancias semióticas en la materia particular de una obra específica. Un movimiento de sustracción, de reconocimiento de las formas —figurativas o no figurativas— y un movimiento destinado a reconocer elementos constitutivos de la singularidad específica del “acto de pintar” que involucra una esquizia no menos dotada de una fuerza autónoma de creación: la que conjuga la modalización del acto de mirar, la modalización del gesto de

²¹ Jacques Alain Miller, *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 2003; citado por Guillermina Casasco, *op. cit.*, p. 163.

pintar, y el despliegue modal del “dar a ver”. Es en la composición de estas tres segmentaciones del pintar como se hace posible advertir la complejidad de la separación entre el sujeto del pintar y el sujeto de la enunciación. Más aún, es con las modalidades del “dar a ver” como se señala algo que podríamos equiparar a una deixis pictórica y que emerge como un rasgo perturbador, pero constitutivo de la forma: el detalle. La modalización del detalle da lugar a lo que Zilberberg²² advirtió como una faceta dual del acto pictórico: el resalto y el toque. Iván Ruiz advierte en el “dar a ver” figurativo —en particular en el retrato, que ofrece como objeto de análisis— un dualismo afectivo y valorativo inherente a la disposición y el reconocimiento de lo gestual en el enunciado pictórico. Ruiz advierte que es en una elección técnica —la creación de un palimpsesto plástico en el que se trastoca el sentido habitual del proceso pictórico— donde se plasma el valor de deixis, la fuerza referencial que marca la esquicia entre el sujeto del enunciado y el sujeto del pintar. El sentido del polo afectivo de la significación escindido y articulado con el polo valorativo, ambos se aprecian plasmados en la figura corporal ofrecida en el enunciado pictórico.

El “dar a ver” y la interrogación sobre el “acto de mirar” que participan en la esquicia constitutiva de lo pictórico interrogan centralmente la noción misma de mirar y, en consecuencia, el sentido del mirar en la construcción del enunciado pictórico. Iván Ruiz apela a la participación de lo inconsciente, recogiendo los planteamientos de Lacan,²³ para acercarse a la constitución misma del “dar a ver” en la medida en que compromete el deseo y la mirada del otro. La composición entre el acto de mirar inherente a la “función actancial pintor”, tal como sugiere Ruiz, y la de

²² Cfr. Claude Zilberberg, “Del tempo en pintura”. *Tópicos del Seminario. Formas de la lentitud I*, vol. 26, México, BUAP, 2011.

²³ Jacques Lacan, *Le Séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1973.

“dar a ver” derivada de la misma instancia, revela esta condición elusiva del objeto mirar, como un objeto a la vez constitutivo, aunque irrecuperable como entidad perceptible del mundo. De ahí la inversión constitutiva del acto de mirar: el yo mira al mundo, como éste lo mira, en la medida que el mirar no emerge del desempeño de los ojos, sino del sentido de ser constituido desde la percepción del otro. Pero el “dar a ver” no involucra solamente el acto de mirar. Articula en una síntesis compleja la inscripción señalada como un acento y un ritmo intensivo en el material pictórico —en el pincelazo, en la textura de la pintura, en la amplitud y la fuerza del trazo, en el brillo y el volumen del color— que produce el acontecer de la emergencia en el cuadro de lo nunca antes mirado.

México, D.F.
Diciembre 2011